

Imperiofilia e imperiofobia

Recepciones contemporáneas de la monarquía hispánica

Patricia Irene Lara Folch
patrilarafolch@gmail.com

Todo Estado nación precisa de un relato histórico aceptado, común, desde el que explicar sus mitos, costumbres y glorias. Y toda narración histórica amable requiere también de olvidos, exaltaciones y mutaciones. ¿Cuál es el relato de la nación española? ¿Cuál es la realidad de la historia de España? La tensión es, evidentemente, la del relato con la realidad, tantas veces irresoluble porque la historia *se mira* de muchas formas y desde muchos lugares.¹ Y quizás eso sea lo menos importante, si de la creación de la comunidad y del *espíritu del pueblo*, por decirlo con Hegel,² se trata.

Si algo nos parece lícito de la herencia ilustrada es la búsqueda de la verdad mediante la razón. Encontrar la verdad subyacente a la realidad de los hechos sería, por lo tanto, la tarea del historiador legítimo. Ahora bien, más de dos siglos nos separan ya de Montesquieu y Rousseau: ¿y si la contradicción entre relato y realidad histórica deja de ser un inconveniente para convertirse en un mecanismo? Para Gramsci, por ejemplo, el mito se vuelve una herramienta central para la posibilidad de una *filosofía de la praxis*. Se podría decir que actúa como síntesis entre la teoría y la práctica política, entre la conciencia y la acción, entre la racionalidad y la voluntad, entre lo popular y la elite intelectual. Producir teoría sería dar mitos al pueblo para organizar su voluntad colectiva.

Así, la reciprocidad entre justicia y verdad, entre razón y mito, se vuelve problemática y controvertida –repito: quizás un problema irresoluble desde un principio–. La intención de algunos de los pensadores que han revelado la existencia de una Leyenda Negra antiespañola no ha sido otra que demoler el mito, derrocar el prejuicio, en favor de la verdad. Pero, a su vez, el peligro de destacar la Leyenda Negra como el gran mal español también puede convertirla en un mito

1. Haraway, en «Ciencia, *cyborgs* y mujeres», entiende que la mejor fórmula para no caer en absolutizaciones y ser fiel a las pretensiones éticas de la teoría es reconocer que toda teoría –en este caso teoría histórica– parte de un punto de vista, que no hay presupuestos inocentes.
2. Casualmente Félix Duque ha editado recientemente un volumen, *Hegel. Lógica y constitución* (2019), donde se pone en relación lo político en Hegel con la constitución española.

salvador e imparcial. Llegar a sospecharse víctima de una malintencionada conspiración universal puede ser un resultado no querido.

Las posiciones ante este debate han sido básicamente dos. Una la analizaré en el primer capítulo, y parte de una defensa de la forma política imperial, siendo esta la esencia del *ser español*. Dado el existente prejuicio antiimperial, España habría sido víctima de una Leyenda Negra hasta nuestros días. La otra opción es la que destaco en el segundo capítulo y que pone en duda la legitimidad del método imperial. Además, considerará que la Leyenda Negra antiespañola existió en un momento concreto pero que hoy ya no es operativa.

En el último capítulo, «España, un problema filosófico», analizo de manera más especulativa las causas del auge de las investigaciones académicas sobre las formas políticas imperiales. El retrato de la España actual a nivel social, político, cultural y económico es imprescindible para entender los libros que he usado como bibliografía principal.

IMPERIO ESPAÑOL Y LEYENDA NEGRA

María Elvira Roca Barea³ entiende que *imperio* –concepto que no cuenta con una definición estándar y universal– es una forma política que se diferencia, en la mayoría de sus definiciones, por dos cosas: poder y extensión territorial. Lo que los distingue de los Estados es, sobre todo, la capacidad para unir pueblos que anteriormente jamás habían tenido contacto (p. 44) y los incorpora a un proyecto superior. Esta es una de las claves, según ella, que hace evidente la tarea del imperio como *motor en la historia*, en tanto que su esencia es la propagación del progreso. La meritocracia se impone como norma en los imperios, «rompe las viejas estructuras locales ya muy artríticas» (p. 56). Así, para Roca Barea, los imperios serían agentes de cambio, positivos y beneficiosos.

Hasta ahí la conceptualización de la forma política imperial, que *grosso modo* podríamos catalogar de objetiva. Aunque ya se percibe que hay un juicio positivo de la forma imperio, su defensa íntegra viene de la mano de dos singularidades que, como veremos posteriormente, resultan problemáticas: el paternalismo del imperio y la Leyenda Negra.

En relación con la primera, para la autora de *Imperiofobia* la empresa imperial se lleva a cabo «para resolver sus problemas y también los de otros» (p. 63). Es

3. He escogido el libro *Imperiofobia y leyenda negra* de María Elvira Roca Barea para desarrollar la mayoría de los argumentos de este apartado (así, citaré únicamente con el número de página). La decisión de tal elección bibliográfica se debe, por un lado, a la gran divulgación de este libro (en julio de 2020 son ya 30 ediciones) y su consecuente repercusión necesaria en la opinión pública, que debe poder decirnos algo sobre la actualidad española. Por otro lado, el hecho de que el libro haya sido contestado por José Luís Villacañas con *Imperiofilia y el populismo nacional-católico* ofrece una oportunidad de conexión y reciprocidad académica interesante.

decir, las superpotencias se encontrarían bajo un imperativo moral hacia el resto. Las buenas intenciones civilizadoras de los imperios deberían, entonces, ser reconocidas tanto por los agentes como por los que han sido *emancipados* gracias a tal tarea. Este punto se problematiza sobre todo con la ocupación de América –que veremos posteriormente–, ya que lo que aquí se entiende como favor, cooperación o asistencia, para otras analistas vendrá descrito como genocidio, paternalismo o aculturación.

En cuanto a la segunda particularidad, ya en la introducción aclara la autora que «las leyendas negras son como el principio de acción y reacción de la física aplicado a los imperios» (p. 16). Esta frase, que puede parecer algo exótica, no hace otra cosa que anunciar una de las tesis más importantes del libro:⁴ todo imperio viene siempre contrapuesto por el relato antagónico de la Leyenda Negra que es, en su totalidad, un prejuicio racista contra los poderes imperiales que precede a los motivos que se dan como excusa. La Leyenda Negra sería la materialización de la imperiofobia. Cabe preguntarse cómo funciona ese mecanismo *a priori* (ya que existiría un prejuicio antiimperial previo a los hechos). Para que la narración de la Leyenda Negra se imponga triunfante se necesitan tres tipos de agentes que llevan a cabo funciones diferentes. Un pueblo subalterno cruzado por el *complejo de inferioridad* que, por haber sido subsumido bajo el territorio imperial contra su voluntad, o por no haber sido capaz de instituir un poder político tan fuerte, intenta deformar la percepción y apariencia del poder superior imperial. También los propios pueblos imperiales, que afligidos por la *conciencia de culpa* aceptan esa difamadora propaganda exterior. Y, por último, los intelectuales, que aliados con las oligarquías locales intentan modelar la opinión pública contra los imperios para «servir con las herramientas de su inteligencia al poder constituido que lo alimenta» (p. 60).

Conociendo ya el marco teórico general y volviendo a España, se anuncia otro postulado: la imperiofobia es básicamente hispanofobia. Esta cumple todo lo comentado hasta el momento, siendo España un pueblo víctima de la difamatoria propaganda de los subalternos. Los prejuicios incluirían el racismo biológico, el salvajismo o la ignorancia, entre otros. Así, la Leyenda Negra española se forjaría durante la *época imperial* desde cuatro territorios: Italia, Alemania, Inglaterra, Holanda y América. Y se mantendría hasta nuestros días, siendo la Leyenda Negra un mecanismo propagandístico actual en funcionamiento, mediante el relato de la Inquisición, la Ilustración, el nacionalismo y el liberalismo. Veamos resumidamente cada una de estas conformaciones.

En Italia, se estaban desarrollando los ideales del humanismo –soberbios para Roca Barea–, que consideraban a España aún enclaustrada en lo medieval.

4. Es el estudio de la Leyenda Negra contra el Imperio romano lo que le permite establecer una *ley universal* para las leyendas negras. Lo hace en el capítulo «Roma y su leyenda negra», de la página 51 a la 70.

Se acoge a la tesis de Andolsson, donde Italia aparece como la primera manifestación de la Leyenda (p. 127). Él considera que el prejuicio antiespañol se basó en cuatro elementos: la presencia y caracterización de los soldados españoles como rudos, groseros e ignorantes; la rivalidad comercial; la presencia de prostitutas españolas en Italia, y la sangre española entendida como mezcla semita y africana (p. 151).

El protestantismo, en Alemania, es el verdadero consolidador de la Leyenda Negra. Con Lutero aparecen ya dos ideas que arraigan en la sociedad. Por un lado, que el catolicismo ejerce una dominación forastera, que debe ser revertida por los luteranos. Y, por el otro, que es necesario recuperar los bienes que la Iglesia confiscó en calidad de invasores, y que en realidad pertenecen a los alemanes (p. 169). En la propaganda luterana –difundida en enormes cantidades–, el español y su catolicismo se convirtió en un verdadero chivo expiatorio. Y, en definitiva, según la autora, sirvió más a una causa política –oponerse al proyecto europeo impulsado por Carlos V– que religiosa.

La propaganda antiespañola en Inglaterra sería una prolongación de la alemana. El foco está puesto en la religión, siendo Enrique VIII el adalid de la Iglesia anglicana, se imputa al catolicismo de impiedad, de Demonio, de Anticristo (p. 197), constatado esto por la violencia, muertes y persecuciones de fe. Un ejemplo de tal hegemonía sería el personaje teatral y literario del «malvado español» (p. 199) que se vuelve común en la cultura de finales del XVI y principios del XVII. Tal y como señalaba anteriormente sobre los intelectuales, Antonio Pérez es uno de esos desertores españoles (p. 203) que propició y propagó en Londres la hispanofobia, sobre todo con escritos que atacaban personalmente a Felipe II. Con estos y otros mecanismos, según afirma la autora, «la hispanofobia se convirtió en parte constitutiva de la nación⁵ inglesa, (...) para ser buen inglés había de ser anticatólico y antiespañol» (p. 227).

Felipe II habría pretendido engendrar con el Imperio la unidad europea, bajo la idea de una religión común (p. 233). Las oligarquías locales de los Países Bajos no podían permitirse aceptar tal proyecto. Algunos hechos, como el reajuste de los obispados o el pago de impuestos, fueron usados para construir el oscuro relato antiespañol. Así, las rebeliones contra los emperadores españoles –que, en realidad, eran también los suyos– y los combatientes, pasaron al imaginario nacional como señas de heroísmo y libertad. La consideración de Roca Barea al respecto de los alzamientos es que verdaderamente fue una guerra civil interna donde se competían varios antagonismos: protestantismo-catolicismo y particularismo-patriotismo. Y en ningún caso, tal y como también señala Parker

5. Aquí y en otros momentos de la obra, Roca Barea ataca la legitimidad de los nacionalismos y la división territorial en naciones. Considera que estos siempre necesitan de un *otro* al que enfrentarse, al que convertir en enemigo para generar un sentimiento de unidad hacia el interior. La lectura implícita a la que desea que lleguemos es, según mi opinión, que la forma imperial gestiona mejor la diferencia que la excluyente forma del Estado nación.

(p. 239), una insurgencia unitaria contra España, que en cambio ha servido de mito nacional holandés y consolidación de la Leyenda Negra.

En último lugar, América. Esta es una consideración particular y muy importante, ya que la llegada al nuevo continente –junto con la reconquista en 1492– señalaría el germen de «España como realidad histórica».⁶ Y no solo, ya que también, desde la contemporaneidad de Gustavo Bueno hasta Walter Mignolo, el debate sobre la dominación hispánica en América Latina es muy polémico y absolutamente actual en filosofía y *cultural studies*. Roca Barea es rotunda: «el Nuevo Mundo nunca fue colonia de España y sus habitantes indígenas fueron tan súbditos de la Corona como lo eran los españoles peninsulares» (p. 296). Aquí aclara la autora la diferencia entre imperialismo y colonialismo, siendo este último un régimen que crea colonias sometidas a la metrópoli genocida, elemento que no se encontraría en la Monarquía hispánica, organizada desde la igualdad territorial y jurídica, así como favorecedora del cruce racial. Si la Leyenda Negra en América se despliega, sobre todo, desde la idea del abuso y la opresión ejercida sobre los indígenas –desde *The tears of the indians* hasta las presentes teorías poscoloniales–, la intención de *Imperiofobia* es refutar tal supuesto. ¿Qué argumentos da Roca Barea para tal cometido? Que la disminución de población indígena fue mayormente a causa de las epidemias y el nacimiento de mestizos, y no de la brutalidad de los españoles. Que se acabó con el Imperio azteca, una cultura sanguinaria y absolutista –hecho que rebate las teorías que romantizan al buen salvaje (p. 316)–. O que los propios pueblos autóctonos participaron en muchas de las actividades imperiales, a diferencia de lo que sucedió en el territorio de las colonias británicas. Va así relatando también el desarrollo de carreteras, ciudades, hospitales, universidades, burocracia, etc. que aportaron a los territorios conquistados progreso, crecimiento y bienestar.⁷ Concluirá la autora que la legislación *imperial* española fue pionera «en el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas» (p. 323).

Veamos ahora esos relatos que conservarían la Leyenda Negra antiespañola hasta nuestros días. El primero de ellos, la Inquisición, que es para la autora un mito totalmente arraigado en el imaginario popular. Pero que la academia y los investigadores, en cambio, habrían admitido como parcialmente fantasioso (p. 275). Uno de tales ejemplos, siguiendo a Haliczzer, es que en realidad «solo se empleó la tortura en menos del 2 % de los casos» (p. 280). De hecho, la autora defiende que la Inquisición surgió como instrumento jurisdiccional que generó estabilidad y orden.

6. P. INSUA: *España contra sus fantasmas*, 2018, p. 12.

7. Aquí Roca Barea está aludiendo claramente a las categorías de *Imperio depredador* e *Imperio generador* de Gustavo Bueno. Sitúa la monarquía hispánica como parte de los segundos, es decir, librándola de toda acusación de despotismo. Para una discusión más extendida sobre este tema nos podemos dirigir al capítulo «España contra el fantasma de América» en *España contra sus fantasmas*, de Pedro Insua.

La Ilustración y la propia modernidad –léase implícitamente también el luteranismo–, en segundo lugar, se constituye desde la hispanofobia (p. 356), siendo España –vista como no civilizada, inculta y bárbara– utilizada como ejemplo de los males del catolicismo. En cambio, la autora considera que tal uso es un prejuicio generalizado contra la religión, que obvia la prosperidad cultural, artística y científica que esta ha aportado. El relato ilustrado se sirve también del mito de la Inquisición o del veto de textos –existente en aquel momento, en realidad, en muchos otros países– para justificar la inferioridad de lo hispánico (p. 386). Y así, hasta nuestros días, la ley del silencio agrade al mundo católico sin reconocer ninguno de sus logros, como por ejemplo la Escuela de Salamanca (p. 394).

Por último, el liberalismo y el nacionalismo. Durante el siglo XIX Alemania, Inglaterra, Francia e Italia constituyen parte de sus narraciones nacionales, acudiendo a la hispanofobia para crear ese *otro* siempre presente en lo nacional. Por ejemplo, en Alemania, siguiendo a Leopold von Ranke, se entenderá que el protestantismo representa el alma de la nación y que debido al Imperio hispánico no se pudo llevar a cabo tal unificación (p. 405). En España, desde las posiciones liberales –como la de Meléndez Valdés– se acepta en su totalidad los tópicos de la Leyenda Negra. «Una parte de las élites españolas confunden modernidad y rechazo de lo propio» (p. 435).

En definitiva, lo que la autora pretende demostrar es que la Leyenda Negra contra España surgió y existió, y desde tal surgimiento no ha decaído, sino más bien se ha mantenido y conservado desde diferentes relatos y partes del mundo. Así, a día de hoy, esta continuaría vigente, por lo que no resulta descabellado analizar algunos de los problemas que acechan a la España contemporánea desde la operatividad de la Leyenda Negra.

¿QUÉ IMPERIO?, ¿QUÉ LEYENDA?

José Luis Villacañas replica el libro *Imperiofobia* con *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*,⁸ que es una crítica completa a la forma y el contenido del primero. La conceptualización del imperio⁹ como motor del progreso en la historia es inaceptable para Villacañas: inventa una ley histórica universal y antropológica sin fundamentos. Es verdad que existen progresos, pero a la vez se crea una

8. Las páginas entre paréntesis se refieren en este apartado al libro de José Luis Villacañas *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*.

9. Cabe señalar que en libros como *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial* Villacañas pondrá en duda que la monarquía hispánica pueda ser entendida a modo de imperio. Por ello, cuando nombro *Imperio español* lo hago en cursiva. Aun así, no es la tarea de este trabajo determinar esta distinción. En todo caso, también hay bibliografía que entiende que la monarquía hispánica sí fue un imperio, como Gustavo Bueno en *España frente a Europa*.

«otredad bárbara» a la que se quiere dominar y «no debemos ser insensibles a la hora de mostrar los costes de esta expansión en destrucción de formas de vida y pluralidad cultural» (p. 241). Aquí, el compromiso civilizador del Imperio con los otros pueblos, que destacaba Roca Barea, se vuelve polémico. En todo caso, cabe destacar que el posicionamiento de *Imperiofilia* se adscribe al reconocimiento imparcial de las consecuencias negativas y positivas que pueden traer los imperios.

La otra controversia que genera el marco teórico ofrecido por Barea es la Leyenda Negra. Recordemos que el surgimiento del relato florecía y se consolidaba, según ella, desde un pueblo imperial con conciencia de culpa e intelectuales renegados, y un pueblo subalterno con complejo de inferioridad. Para el filósofo, tal argumentación denota una lógica simplista de «mal darwinismo» y «mal nietzscheanismo» (p. 24), que tiene como premisa la división de comunidades y seres humanos en inferiores y superiores. Convierte el racismo de los imperios en complejo de inferioridad y venganza de los pueblos subalternos, sin contemplar que los últimos puedan querer emanciparse de la dependencia imperial. Disfraza la crítica y el reconocimiento de los propios errores de conciencia de culpa y de malos patriotas renegados. Allí «donde la pluma del escritor se pone al servicio de la promesa de igualdad y de libertad humana, ella solo contempla espíritus débiles que no pueden resistir que haya pueblos imperiales y pueblos subalternos» (p. 53).

Todo esto no quiere decir que no hubiera una Leyenda Negra antiespañola, ya que sí la hubo desde las guerras con los Países Bajos –aunque no anterior a esto y no posterior al siglo XVII, según Villacañas–. Aun así, enjuiciarla no debería implicar construir una Leyenda Rosa victimista, ni instrumentalizar la historia, ni hacer pasar por propaganda hechos reales constatados, ni considerar los malos relatos el origen de todos los males de España. Se debe entender que las ideas y la propaganda también son un arma de guerra legítima en el mundo moderno.

En el caso de Italia, la soberbia del Humanismo no arremetió únicamente contra los españoles, sino contra todos «los *barbari* (que) eran todos los trasalpinos» (p. 82). En cuanto a Alemania, la autora se ve en la necesidad de igualar –no siendo lo mismo– propaganda luterana antipapal con Leyenda Negra antiespañola (p. 96) para encontrar fuentes y argumentos; así como plantear la Reforma en tanto que causa política cuando, en realidad, fue un clamor religioso contra la Iglesia romana y sus doctrinas. Con la cuestión británica se evidencia la confusión de Barea entre Leyenda Negra y crítica social. De alguna manera tenía que reaccionar el pueblo inglés al intento de invasión de la Tercera Armada Invencible y fue con obras de teatro y canciones contra los españoles conquistadores (p. 109). Holanda se rindió al protestantismo y con sucesos que señala la propia autora –la subida de impuestos o la sustitución de los tres obispados por diecisiete– la elección de un credo menos institucional se vuelve legítima. Pero no es solo la cuestión religiosa, porque tal y como apunta Villacañas, el Gobierno hispánico

era ya despótico en aquella época,¹⁰ en la que la configuración de la monarquía absoluta dejaba de ser aceptada.

Por último, la controvertida América. La autora de *Imperiofobia* había cuidado de diferenciarla de una colonia «pero la realidad estaba ahí: una dominación que sometía a ingentes poblaciones subalternas, una destrucción de formas de vida autóctonas, una aculturación general, una prohibición de comercio libre, una extracción masiva de materias primas, etc.» (p. 174) La diferencia metrópolis/colonia no la aceptaba ninguna metrópolis dominante, tampoco España mientras lo fue.¹¹

En cuanto a los relatos que conservarían la Leyenda Negra hasta nuestros días tenemos lo siguiente. Fueran cuales fueran los números de asesinatos, torturas o condenas, la jurisdicción inquisitorial era tiránica y opresora, en nombre de la religión. Y más importante aún, generó una fractura sociocomunitaria irreconciliable ligada a la culpabilidad y la vigilancia; mientras en Europa aumentaba «la certeza de vínculo íntimo e invisible» (p. 163) con la Reforma.

El posicionamiento de Barea frente a la Ilustración o Modernidad es tomado de Gustavo Bueno.¹² Esto obvia, por un lado, que sí hubo presencia ilustrada en España¹³ y que también hubo católicos ilustrados (Vico, Heynecio, Mayans...). Y, por el otro, que en el siglo XVIII ya no había Leyenda Negra, sino «relaciones de poder» (p. 196) entre Gran Bretaña y Francia por dirigir España. En definitiva, la imagen que propone de la Modernidad es simplista y homogenizadora, ante la realidad compleja que fue. En la cuestión del liberalismo sucede lo mismo y puede resumirse para ambos con las siguientes preguntas: «¿Cómo hacer de la Leyenda Negra el centro de los imaginarios de las grandes naciones en la época del imperialismo europeo? ¿Qué necesidad había ya de atacar a un país que no podía aspirar a otra cosa que a fundar un protectorado en la parte más atrasada, deliciosa y dura de Marruecos, el Rif?» (p. 218).

Si la Leyenda Negra no es, entonces, el origen de la decadencia del Imperio español, ¿cuál es la causa? El autor de *Imperiofilia* da dos interpretaciones. En primer lugar, la incompetencia para sumar intelectuales adeptos y mayorías sociales favorables. Lo que impidió la enunciación de un relato alternativo positivo (p. 243). Aquí es importante tener en cuenta que la mayoría de las críticas a España surgieron de sus propios intelectuales. Y, en segundo lugar, la continuación de «una idea imperial medieval al servicio de la Iglesia de Roma» (p. 240) que pretendía gestionar dos imperios –americano y europeo– sin modernizarse ni cooperar con otros poderes.

10. «Schiller no hizo una obra contra la España real de entonces, sino contra las realidades de las que toda Europa quería escapar o celebrara haber escapado» (p. 129).
11. En relación con lo comentado anteriormente sobre las categorías de Bueno, *Imperio depredador o generador*, podemos decir aquí que tampoco ningún imperio se considera a sí mismo depredador.
12. Diría resumidamente así: el pensamiento ilustrado precisa de la crítica al catolicismo sin la que no se podrían haber desarrollado las ideas ilustradas de progreso, libertad y razón. Es decir, configuraría una especie de *afuera constitutivo*, por decirlo en palabras de Judith Butler.
13. Véase para esta cuestión el apartado «El sentido de la Ilustración española».

Villacañas entiende entonces –tal y como señala también uno de los mayores expertos, García Cárcel–¹⁴ que la Leyenda Negra antiespañola está desactivada hoy en día en el horizonte académico y social. Sí persiste en cambio, a nivel europeo, «la dicotomía weberiana del calvinismo y el catolicismo»,¹⁵ que sitúa a estos últimos en un imaginario de diversión y goce, mientras que los primeros trabajan desde la eficacia y el rendimiento. Pero volver a discutir sobre el antagonismo propaganda-realidad es, para el autor de *El demonio del Sur*, retroceder a lo que ya se hizo hace más de cien años. Es hora de sepultar «el mito de la excepcionalidad hispánica».¹⁶

ESPAÑA, UN PROBLEMA FILOSÓFICO

POR UN BUEN USO DE LA HISTORIA

La premisa para captar la intención y comprensión tanto de *Imperiofobia* y *Leyenda Negra* como su respuesta, *Imperiofilia* y *el populismo nacional-católico*, es el diálogo con el presente. Con esto quiero decir que no enmarcaría estos libros en la categoría de manuales de historia. Roca Barea pretende que su libro sea una caja de herramientas para juzgar los problemas de España en la actualidad, por lo que la instrumentalización de la historia para el presente le lleva a una argumentación ideologizada. Es decir, selecciona, compone y argumenta el contenido del libro con unas pretensiones políticas.

Vindicar un buen uso de la historia es primordial en estos casos. Sabemos ya que la historia no puede ser completamente objetiva ni representar una copia perfecta de los hechos, pero la tendencia e intencionalidad deben acercarse a ello. Tarea que se aleja cuando probamos anacrónicamente de moralizar el pasado, elogiándolo o difamándolo. O peor, cuando creemos que para poder vivir en paz el presente debemos construir una historia positiva y amable, aunque sea a costa de sacrificar la verdad y la razón. La toma de distancia con el pasado es imprescindible para un presente habitable:

Esa toma de distancia genera el espacio propio de nosotros, de nuestra vida, de nuestra libertad. Por supuesto, no podemos hallarlo si no colocamos el pasado en su sitio y no podremos hacerlo si nuestra historia es una de estas dos ausencias de distancia: la formación de un pasado que nos determina de un modo inevitable, o un presente confuso que lo determinamos con nuestro deseo (Villacañas, 2019: 255).

14. En los años noventa del pasado siglo hubo varios autores que, frente al fatalismo de la Leyenda Negra, decidieron poner a debate su vigencia.

15. R. GARCÍA CÁRCEL: *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, 2017, p. 14.

16. R. GARCÍA CÁRCEL: *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, 2017, p. 40.

Lo que Nietzsche llamaría *Historia monumental* coincide completamente con ese mal uso de la historia que he comentado.¹⁷ Dice el filósofo alemán al respecto, en una nota a pie de página, que tal forma de entender la historia es la que guarda una afinidad más directa con el mito. Y es que la utilidad de esta consiste en aportar confianza y convicción: si lo extraordinario se dio una vez, es posible y puede volver a darse. «Cuánta diferencia tiene que ser pasada por alto [...] siempre tenderá a la aproximación, la generalización y, por último, la equiparación de lo desigual».¹⁸

¿Se está destacando y recordando la grandeza del *Imperio español* con la intención de repetirlo? Cuando se pasa por alto la diferencia entre la Leyenda Negra del siglo XVII y la actualidad, ¿nos situamos más cerca de la *Historia crítica*¹⁹ o del mito?

LA LEYENDA DE LA LEYENDA NEGRA

Este querer traer la vigencia de la Leyenda Negra a la actualidad me permite formular la siguiente tesis. Intentando derrocar la mitología de un relato que se suponía falso y propagandístico, Roca Barea, y otros autores en su línea, han acabado por construir una nueva leyenda de la Leyenda Negra. El presupuesto de que la Leyenda Negra aún palpita, y el Imperio como legitimación originaria de lo español, ha devenido un mito útil para ciertos posicionamientos políticos. Creo que este suceso puede abordarse desde dos orientaciones: una identitaria y otra económica.²⁰

El empleo del relato de la monarquía hispánica y la Leyenda Negra con fines identitarios no es inédito. Así sucedió, por ejemplo, con la generación del 98 y con el franquismo. Dos momentos de turbida crisis moral y política que pusieron en la cuerda floja el sentido del *ser español*. Superada la dictadura y con más de treinta años de Constitución sobre nuestros hombros, ese sentido no se ha vuelto ni mucho menos nítido. La relación de los españoles con su pasado histórico desde la transición ha estado repleta de controversias, desacuerdos y peligrosos olvidos o exaltaciones. Esto alcanza su *summum* con la Ley de Memoria Histórica impulsada por Zapatero, sus posteriores intentos de derogación y la reciente exhumación del dictador; la controvertida ETA, así como la crisis territorial propiciada por el independentismo catalán; y la reciente llegada a las instituciones de la derecha radical reaccionaria. Estos sucesos han llevado a la apertura de dos debates en el espacio público: cuál es el vínculo de España con su historia, y si existe una o múltiples naciones históricas en el conjunto del territorio.

17. Algunos intérpretes de Nietzsche consideran que él se posicionaría a favor de la *Historia monumental* (y no de la *antiquaria* o la *crítica*). En todo caso, aquí nos separamos del veredicto nietzscheano y lo valoramos de forma distinta, aunque utilizando sus categorías como herramienta analítica.

18. F NIETZSCHE: *Consideraciones Intempestivas II* en *Obras Completas: Volumen I*, 2011, p. 715.

19. El historiador crítico «es preciso que, para poder vivir tenga la fuerza y la emplee de tanto en tanto, de quebrar y disolver un pasado: para cuyo fin abre juicio sobre él, lo hace objeto de una estricta investigación y, por último, lo condena». Nietzsche en *Consideraciones Intempestivas II*, p. 720.

20. La separación de estas dos esferas tiene una función analítica, si bien entiendo que en la realidad se superponen e influyen recíprocamente.

La manifestación del fracaso de la construcción nacional española se ha expresado en la derecha²¹ –y Roca Barea es un ejemplo de ello, a pesar de situarse teóricamente contra el nacionalismo– con un intento esquizofrénico de poner la historia a su favor, definir la esencia de lo hispánico y autosituarse a España como víctima del recelo universal a los *grandes pueblos*. La autora de *Imperiofobia* tiene razón al destacar la *otredad* de la que beben los nacionalismos, pero deja de tenerla al entender que la forma imperial es la mejor solución para superar ese cometido. La creación del mito de la Leyenda Negra actual no ha hecho más que construir ese *otro*, buscar un chivo expiatorio útil para la reactivación del patriotismo español, esto es: todos los territorios –Alemania, Francia, Gran Bretaña...– y formas de pensamiento –protestantismo, ilustrados, antiimperialistas...– que habrían perjudicado la imagen de España y que por ello se convierten en enemigos directos de lo español. Todo pensamiento reaccionario nacionalista arranca definiendo quién son sus enemigos, que por supuesto quedarán fuera del proyecto político que están dispuestos a cimentar.

Pero no solo, ya que señala también los enemigos internos. En un momento final del libro, la propia autora apunta que, a esas alturas, los lectores ya nos tenemos que haber situado a favor o en contra de su visión de la historia. Repite para la actualidad el mecanismo que había usado con la Leyenda Negra en lo que llamaba «españoles renegados». Ese tipo de conceptos denota una visión excluyente de lo que es ser español y que, además, no tolera ningún tipo de crítica intrínseca. ¿Quién son los *españoles renegados* de hoy según Barea? Los independentistas catalanes son los más evidentes, por no aceptar la unidad de España, por querer romper una nación histórica y por ser, en última instancia y utilizando conceptos de la autora, oligarquías locales que no aceptan el progreso de lo imperial. Los segundos traidores de la patria serán los que se sitúen en un marco de pensamiento antiimperialista. Para Gustavo Bueno, y así también para Roca Barea, la esencia de España es ser imperial.

España no se agota en su ser nacional, no es, sin más, una nación entre otras homólogas, sino que si España importa algo en el contexto histórico y universal, lo hace por su carácter imperial y no por su carácter nacional, al expandirse más allá de sus fronteras buscando el *dominio universal*.²²

La lectura implícita es que para ser un *buen* español hay que ser imperialista. *La España Viva* de Vox²³ anuncia que hay una España muerta. Así, las *provincias*

21. El posicionamiento de la izquierda, que ha sido directamente no posicionarse o ser ambiguos, tampoco ha resultado ejemplar ni ha ayudado a resolver la cuestión. El independentismo catalán, por su parte, también ha hecho un uso de la historia totalmente interesado y parcial con fines políticos.

22. P. INSUA: *España contra sus fantasmas*, 2018, p. 13.

23. La relación de la formación ultraderechista Vox con la filosofía de Gustavo Bueno es innegable. DENAES publica el 5 de noviembre de 2019 un artículo en *La Nueva España* con el siguiente título: «Vox, el partido que bebe de Gustavo Bueno». El primer párrafo dice así: «El 5 de noviembre de 2005 era sábado. El Foro de Ermua convocó en la madrileña Puerta del Sol un acto “Por la unidad

hermanas de Latinoamérica, con su literatura poscolonial, son unas renegadas si se disponen a teorizar los abusos de los conquistadores. Y así todos aquellos españoles que opten por procesos federales o por actualizaciones republicanas de la Constitución son desertores de la patria, son la España muerta.

Ante este relato excluyente es de urgencia constituir y reivindicar un contrarrelato. Contrarrelato que considero ya institucionalizado y oficial, o al menos así lo hace la Constitución española de 1978, el Derecho Internacional Público y las instituciones y embajadas españolas repartidas por todo el mundo. Pero que quizás debemos hacer más presente en las prácticas discursivas de la política y en el sentido común de los ciudadanos –ese espíritu hegeliano al que aludía al principio–. El contrarrelato debe ser uno que admita los errores y fracasos históricos, y sepa incorporarlos al ser español para superarlos dialécticamente. Uno que entienda que España no necesita enemigos externos ni internos para unificarse democráticamente. Uno que tolere la posibilidad de ser español y antiimperialista; de aceptar la pluralidad y el Estado español.

El antiimperialismo nos introduce en la orientación económica desde la que también podemos analizar estas recepciones contemporáneas de la monarquía hispánica. En uno de los apartados finales de *Imperiofobia*, se sentencia que lo que los mal llamados PIGS²⁴ tienen en común, y por lo que sufren tal denominación opresora, es «que no son protestantes» (p. 462). El problema que suscita el anacronismo metodológico es que mantiene conceptos antiguos con condiciones nuevas. El racismo hacia la Europa del Sur es un fenómeno que es detectado correctamente y que se manifiesta numerosas veces. Ahora bien, debemos alzar la vista por encima de la dicotomía católicos-protestantes²⁵ y por encima de Europa. Tal dominio responde a la hegemónica división norte-sur que ofrece el sistema económico capitalista, en la que España se sitúa metafóricamente en la cola del león. Es llamativa la férrea defensa que hace Roca Barea del «nuevo imperio estadounidense», líder entre otros del dominio cultural y económico. Esto es, que si hay un sistema neoimperialista a día de hoy no es el español, sino el estadounidense y se materializa con una organización neoliberal de la economía, la política y la cultura, que es hegemónica mundialmente. Señala muy acertadamente Villacañas que «la procedencia de la campaña de esos países del sur

de España: por la igualdad y por la solidaridad de todos los españoles”. El filósofo ovetense Gustavo Bueno estaba en la capital presentando su libro *España no es un mito*, que se había publicado el día anterior. El Foro de Ermua le invitó a participar en el acto, y ahí empezó todo. Hasta hoy, en que Abascal preside Vox, partido conservador en eferescencia y que basa parte de su ideario en los postulados de Bueno». Recuperado de internet (<https://nacionspanola.org/actualidad/revista-de-prensa/vox-el-partido-que-bebe-de-gustavo-bueno/>) (consulta: 16 de noviembre de 2019).

24. Esta expresión es sobradamente conocida. PIGS –*cerdos* en inglés– constituye un acrónimo formado por Portugal, Italy, Greece y Spain: PIGS.

25. Creo, junto a Weber, que esa dicotomía es totalmente acertada para una genealogía del capitalismo. Pero, ya que esa ética que en su origen era religiosa después ha ido secularizándose, el racismo ejercido desde el norte de Europa al sur no proviene de una acusación religiosa (católico *vs.* protestante) sino racional-económica.

con el acrónimo PIGS viene de la City londinense y de las agencias de evaluación americanas» (p. 227). Por lo tanto, es contradictorio que Roca Barea denuncie el imaginario cultural al que se relacionan los PIGS, a la vez que alaba el «imperialismo» de Estados Unidos. Esto nos puede llevar a reflexionar sobre la perfecta compatibilidad del nacionalismo reaccionario con el sistema económico neoliberal.

CONCLUSIÓN

A lo largo del trabajo hemos podido comprobar la dificultad a la hora de rastrear la verdad histórica. Tomar consciencia de la relativa fragilidad de lo científico en estos casos quiere decir entender el cruce político determinante. En función del marco teórico del que se parte, los hechos históricos fluctúan. Y teniendo en cuenta la importancia que la historia tiene a la hora de generar identidad y conflicto, debe ser una tarea tratada con respeto y responsabilidad.

Contemporáneamente, en España, se ha recuperado el relato histórico sobre la monarquía hispánica. La fecha de 1492 se situaría como mito fundacional de la realidad nacional española. Ahora bien, tal realidad no ha sido popularmente convincente ni aceptada: hechos como la expulsión de los judíos o la conquista de América se problematizan en el seno de la propia España. Que una gran parte de la población entienda ese inicio nacional en relación con la violencia, la exclusión o la tiranía perjudica la adhesión voluntaria a un sentimiento patriótico. Que, sin duda, es uno de los grandes problemas del presente del Estado español.

La Leyenda Negra antiespañola también ha vuelto a la escena pública. Y su vigencia o inoperatividad usadas, de nuevo, como herramienta política. ¿España víctima de la propaganda o España libre de ella? Sea como sea, es evidente que esta batalla por desvelar la condición real no produce un relato que supere el antagonismo. Más bien lo acentúa, en una dicotomía sin deliberación, sin aproximación de posiciones.

La vía de una *historia crítica* –en términos nietzscheanos– y de un sentimiento de unidad, orgulloso pero no excluyente, es la solución más acertada. ¿Qué papel jugaría aquí la historia? Sin duda la de ser superada e incorporada, aquella historia que nos permita ser libres porque no determine en exceso nuestra identidad y nuestro ser. La necesidad de conocerla es incuestionable, pero debemos exigir también su arrinconamiento intermitente, para poder construir proyectos creativos, novedosos y originales.

.....
PATRICIA IRENE LARA FOLCH. Grado en Filosofía, Política y Economía por la UPF, UC3M y UAM. Actualmente cursa el Máster Filosofía de la Historia: Democracia y Orden Mundial, con beca de investigación en UAM.